

Vivir en Bakimet

Cerca de 40 familias que habitaban el poblado gitano han sido realojadas en pisos municipales. Tres historias de



Con el paso de los años Bakimet pasó de ser una zona residencial compuesta por casas prefabricadas a convertirse en un barrio dominado por chabolas miserables en condiciones insalubres. / FOTOS: J. J. MATÍAS

«En la chabola dormía con un palo al lado para matar a las ratas»

Para las primeras familias que fueron destinatarias de los pisos municipales de realojo, salir de Bakimet fue un lujo. Dos madres de familia cuentan cómo un nuevo hogar cambió su vida

MARÍA ALBILLA / BURGOS.

Bakimet ha dejado huella en muchas vidas. Desde que surgió como poblado en la periferia de la ciudad, hace más de 25 años, sus casas y chabolas han cobijado a decenas de familias a las que hoy solo les queda un recuerdo. Bakimet era una realidad tan cruel que a sus habitantes les cuesta regresar hasta con la memoria.

Rosario y Trini (nombres ficticios) son madres de familia. Ambas tuvieron la suerte de salir del poblado chabolista poco tiempo después de iniciarse el programa de realojo en 1997. Rosario es la más joven de las dos. Llegó a a Bakimet cuando era solo una niña. «Me trasladé aquí cuando tenía unos 5 años porque a mi familia le tocó una casa. Recuerdo que estaba todo lleno de nieve y que entonces llegaron muchas familias más», comenta. Después de unos años viviendo allí se pudo ir a un piso pero su matrimonio con otro gitano le devolvió a la realidad de

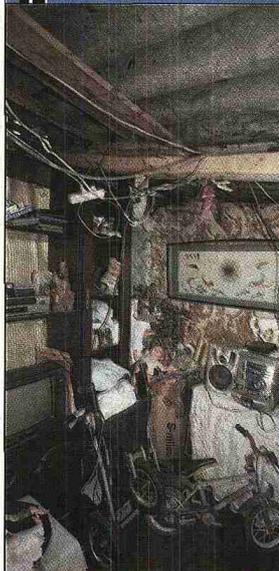
Bakimet. «Gracias a Dios tuve suerte y no permanecí demasiados años allí», recuerda Rosario.

Trini comenzó su vida en Bakimet hace unos 20 años, justo después de casarse. «Estuve cerca de 10 años viviendo allí. Luego nos tocó un piso y nos fuimos en cuanto pudimos», explica.

Romper el vínculo con Bakimet no fue fácil ni para ellas ni para sus familias. «Me costó mucho hacerme a tener un baño y tantas habitaciones. Allí estábamos acostumbradas a otra cosa y al principio en cuanto me levantaba me iba a casa de mi madre que aún estaba en el poblado», explica Rosario, pero hoy valora la limpieza y la comodidad que da tener un piso, sobre todo para sus hijos. Su marido fue el que peor lo pasó. Había crecido en el poblado y sentía «sensación de ahogo» al no tener la calle cerca.

Trini destaca lo beneficioso que fue para sus hijos tener un hogar lejos de la pobreza de las chabolas. «Yo llevaba a mis hijos a un

LAS DECLARACIONES



«Cuando nos dieron la casa fue como pasar a vivir en un palacio»

«Los niños veían en el barrio cosas que no debían. Hoy viven mejor»

«Al principio oía decir a los vecinos que mandaban a su barrio todo lo peor»

colegio que estaba lejos y cuando me cambiaron todo fue más fácil. Además los niños iban más limpios porque en el barrio estaban siempre llenos de barro. Fue como pasar de un cuchitril a un palacio», explica.

Tanto para Rosario como para Trini la mayor preocupación son los hijos. «En el barrio se veían cosas que no debería ver nunca un niño. Aquí jugaban todos juntos y en nuestros hogares de hoy crecen de manera diferente. Además allí había ratas y por la noche siempre estaba el temor de que mordieran a los más pequeños. En la chabola dormía con palo al lado para matarlas» especifica Trini.

Ambas consideran que la integración en los edificios en los que reiniciaron sus vidas fue muy positiva. A Trini y a su familia les acogieron muy bien desde el primer momento y Rosario dice que aunque hoy no tiene ningún problema y de vez en cuando cuida de los niños de los demás, «al principio les oía decir que a ese barrio les mandaban todo lo peor».

Tan solo un ápice de añoranza se pinta en sus casas al recordar el calor de la estufa que centraba las chabolas y los momentos en los que se unían con la familia alrededor, pero hoy Rosario y Trini se alegran de la desaparición de Bakimet y son felices en sus nuevos hogares de los que esperan salir en cuanto puedan para comprar una vivienda propia.

marcó sus vidas

residentes de las chabolas explican cómo fue el principio y el fin de su estancia en este emplazamiento marginal



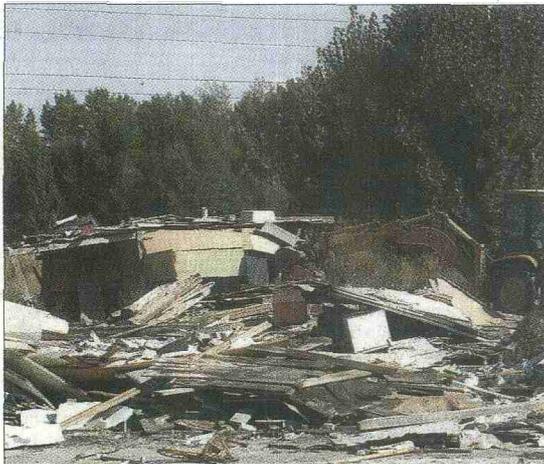
«Si me hubiera tocado el piso unos años antes mi vida sería diferente»

Tino ha crecido en Bakimet y lleva menos de un mes en su nuevo hogar. Ha sido el último en abandonar su chabola en el poblado gitano

MARÍA ALBILLA / BURGOS

Tres días viviendo solo en Bakimet fueron la culminación a toda una vida en el poblado. Tino ha estrenado su nueva casa hace menos de un mes y en ella ha depositado parte de sus esperanzas de futuro. «Si me hubiera tocado la casa antes habrían cambiado muchas cosas de mi vida», explica con nostalgia.

Llegó al barrio con toda su familia cuando tenía 14 años pero al poco de vivir en una casa que le había tocado a su padre se quemó y tuvieron que construir una chabola. «Tengo muy buenos recuerdos de cuando era pequeño, estábamos todo el día en la calle y lo pasábamos muy bien», especifica. Tino dejó los estudios cuando llegó a Bakimet y empezó a trabajar como chatarrero. Además ha tra-



Las últimas chabolas de Bakimet desaparecieron el pasado mes de septiembre.

bajado como peón y como vigilante de seguridad en algunas obras.

A los 22 años se fue de la casa de sus padres para vivir con su compañera en una chabola que él mismo construyó. Hoy su mujer y su hija viven fuera desde que él tuvo que pasar tres años en la cárcel, pero espera poder recuperar a su hija cuando encuentre un trabajo estable.

Para Tino el hecho de tener un piso ha supuesto un gran cambio en su vida. «Esto es mucho más higiénico pero es un gran cambio porque supone renunciar a como he vivido siempre y a como me he ganado la vida», dice.

Hoy afronta la vida de manera optimista y poco a poco va estrechando lazos con sus nuevos vecinos. «De momento me va todo bien en el barrio. Todos me hablan y estoy contento con la gente», cuenta.

Cuando echa la vista atrás y piensa en la degradación que fue sufriendo su barrio siente una terrible tristeza. «Tenía que haber sido todo como al principio. Cuan-

do llegué había farolas, las casas estaban muy bien, había escuela y teníamos asistencia médica pero luego las cosas se fueron poniendo mal», explica Tino.

Ahora vive solo en su nueva casa. Un bajo en el centro con dos habitaciones y un salón, pero en el fondo echa de menos a sus antiguos vecinos. «Antes estaba rodeado de los míos. Además yo vivía justo en frente de los nuevos edificios y ya conocía a todos los vecinos recién llegados», apostilla.

El hecho de tener un nuevo hogar ha cambiado también la vida de los suyos y es que la marca de Bakimet pesaba en la sociedad. «A mi hermano la vida le ha cambiado totalmente. Fue salir del barrio y empe-

ñar a tener trabajo», dice. Y es que todos los que han vivido en el poblado coinciden en contar que cuando un empresario veía el domicilio en Bakimet mostraba un evidente rechazo hacia el que pedía trabajo. Tino ha ido superando las trabas de la vida y a sus 39 años seguirá luchando por quitarse la huella de Bakimet.

LAS DECLARACIONES

«Mi nueva casa supone dejar atrás cómo vivía antes»

«Residir en Bakimet me condicionaba al buscar trabajo»